









AM/2067

R. 783







# BIOGRAFÍA

del muy ilustre señor

## Dr. D. Niceto Alonso Perujo

CANÓNIGO DOCTORAL QUE FUE DE LA BASÍLICA METROPOLITANA DE VALENCIA

POR

D. GODOFREDO ROS Y BIOSCA

PUBLICADA EN EL

**DICCIONARIO DE CIENCIAS ECLESIASTICAS**

*con notas de*

D. JOSÉ SANCHIS SIVERA



VALENCIA

**IMPRENTA DOMENECH**

Talleres: Paseo de la Alameda.—Oficinas: Mar. 48

1890

R. 783









ORTA, pero penosa y desagradable tarea nos imponemos al trazar la biografía de un hombre insigne y modesto, cuya vida no fue larga: apenas tuvo tiempo para terminar las obras que nos ha legado, y no se explica cómo en medio de variadas ocupaciones pudo encontrar horas para formar el caudal de conocimientos que revelan sus trabajos literarios.

Apenas nos hemos repuesto de la fuerte impresión que nos causara la muerte del amigo que lloramos, y la vista de su cadáver nos pareció un libro más elocuente que todos los que escribió; porque un torbellino de reflexiones sorprendió nuestra alma, conmovió el corazón, y tal foco de luz produjo en la inteligencia, que desgarrado el velo de las ilusiones, apareció claro aquel *vanidad de vanidades* del Libro de la Sabiduría.



Pero no debemos ocuparnos de estas reflexiones tan verdaderas como necesarias para conseguir en esta vida la única felicidad posible, la tranquilidad del alma y la dulce esperanza de la muerte. Reflexiones y verdades que, como flores, brotan espontáneamente en los cementerios y entre las piedras del sepulcro, y que desgraciadamente no viven en medio del bullicio, de las equivocadas conveniencias y de los errados cálculos del mundo: porque su candente atmósfera las abrasa, y ese inexplicable vértigo que sufren las gentes á impulsos del cual corren sin descanso, divagan sin rumbo cierto, chocan con fuerza y se precipitan en el abismo de todas las pasiones desordenadas, es el poderoso agente que, aún en germen, destruye la verdadera ciencia depositaria de aquellas verdades, madre de tan profundas reflexiones y de resultados prácticos para el hombre. ¡Ojalá que la humanidad se convenciera de aquello que solo puede desconocerse por una calculada y rebuscada ceguera!

En Marzo de 1841 nació en la villa de Enciso, provincia de Logroño y diócesis de Calahorra, D. Niceto Alonso Perujo, último Doctoral de la Basílica Metropolitana de Valencia. Dejamos á un lado todo lo que á los años de la infancia se refiere, porque ni tenemos datos auténticos de este periodo de su vida, edad que pasa desapercibida, ni entra en nuestro propósito reseñar los hechos del niño, sino los actos del hombre.

Dedicado á los estudios para seguir la carrera eclesiástica, demostró poseer gran disposición para los trabajos literarios, y testigos son los Seminarios conciliares



de Calahorra, Palencia y Toledo, en cuyos centros académicos cursó y aprobó las asignaturas de Filosofía, Teología y Sagrados Cánones, obteniendo honrosas censuras.

Nacido sin duda para la polémica, comenzó á los 18 años la brillante carrera de las oposiciones, y habiéndolas hecho á una beca en el Seminario de Logroño en 1859, fue premiado con la adjudicación de la plaza vacante. Esto fue sin duda un poderoso estímulo para aumentar la aplicación del joven alumno, y pruébanlo de una manera evidente las primeras censuras que siempre obtuvo en los exámenes de prueba de curso, como también los actos y ejercicios para obtención de grados; habiendo recibido el de *bachiller* en Sagrada Teología en Junio de 1860; el de *licenciado* en 1862, y al siguiente año el de *doctor* en la misma Facultad; todos con la clasificación de *Nemine discrepante*. Para completar los estudios eclesiásticos cursó en los Seminarios de Tudela y Vitoria los años de la facultad de Derecho canónico, y recibió los grados de *bachiller*, *licenciado* y *doctor*, con la misma honrosa nota de *Nemine discrepante*.

El año 1864, es decir, cuando solo contaba 23 años de edad, fue para el joven doctor un año fecundo en acontecimientos gratos, de esos acontecimientos que forman época en la vida del hombre. En dicho año 64 recibió la coronación de todos sus esfuerzos y afanes, cuando tuvo la dicha de ser ascendido al sacerdocio. En verdad que para el joven que ha consumido los mejores días de su vida en estudios, é imponiéndose privaciones y sacrificios para formar costumbres y espíritu eclesiástico, que son el fun-



damento de la vida sacerdotal; para el que sintiéndose llamado al sublime y divino Ministerio del sacerdocio católico, desea ver realizadas sus aspiraciones para trabajar en el amplísimo campo de la Iglesia, no hay, no puede haber ni día mayor ni alegría comparable á la que inunda el alma, cuando recibe, por la imposición de manos y las palabras divinas del Obispo, la plenitud de potestad en el orden espiritual, y cuyo ejercicio tantos y tan inefables beneficios reporta al mundo.

Antes de recibir el sagrado orden del presbiterado, y contando con la dispensa de edad que consiguió de la Santa Sede para poder optar á prebendas eclesiásticas, que llevan la obligación de ordenarse *intra annum*, esto es, el mes de Abril del mismo año 64, se mostró opositor á la canongía Magistral de la Santa Iglesia Metropolitana de Burgos, y sus ejercicios fueron tan brillantes, sorprendieron tanto, atendida la corta edad del opositor, estuvo tan feliz, muy particularmente en la argumentación, que no solo fuéronle aprobados por unanimidad, sino que obtuvo votos para la provisión. Este ensayo, esta primera manifestación en la difícil carrera de las oposiciones, no pudo ménos de darle un nombre y estimación justa y merecida entre los respetables hombres de ciencias.

Su Prelado propio que conocia el preclaro talento de Alonso Perujo, y que debía conocer también sus prendas y cualidades sacerdotales, confióle en Septiembre del mismo año la cura de almas de la parroquia de Bañares, categoría de segundo ascenso, y no miró como obstáculo é inconveniente la poca edad del nuevo párroco, fundado



en aquella verdad que dice: «que la vida del hombre no se computa por el número de días ni de años.» Poco tiempo estuvo al frente de la parroquia, y no fue ciertamente porque se notara deficiencia en su servicio, puesto que desempeñó su cargo á *satisfacción del Prelado y del pueblo*, como consta de documentos oficiales, sino porque el mismo Prelado comprendió que podía y debía prestar mayores y más importantes servicios en la diócesis, como son los de la enseñanza. Al efecto fue nombrado catedrático del segundo año de Teología en el Seminario de Logroño, en 4 de Noviembre del mismo año 1864, haciéndose cargo inmediatamente de la cátedra, y desempeñándola hasta que en 1866 fue trasladado al Seminario de Santo Domingo de la Calzada, donde explicó además la asignatura de Historia eclesiástica <sup>1</sup>.

1. El grande entusiasmo que manifestó desde el principio en la enseñanza de la ciencia teológica, demuéstralo el completísimo y metódico programa que hizo é imprimió, el cual tenemos á la vista. Solo á su lectura se recuerdan, en sus más minuciosos detalles, todas las proposiciones y dificultades que constituyen el segundo año de Teología. Grande estudio debió costarle la redacción de este programa: desde la inmortal *Summa* hasta el popular *Charmes*; desde el elegante *Perrone* hasta los celebrados *Billuart* y *Gotti*, todo fué consultado, todo se encuentra en aquel programa, todo lo esencial, lo necesario para poseer la ciencia teológica y satisfacer las necesidades de la época. La influencia de su *Programma* pronto se dejó conocer, pues sus discípulos sobresalieron sobre todos los demás. El pasado año de 1889 imprimióse de nuevo, explicándose, según él, el segundo año de Teología en el Seminario de Valencia. Si los Seminarios le adoptasen para sus cátedras, ¡cuántas veces bendecirían la obra del Sr. Perujo!



En estos centros de enseñanza confirmó el alto concepto que de él se tenía formado, y ratificó el juicio favorable que acerca de su *saber* se había pronunciado por cuantos le conocían. Tanto en uno como en otro Seminario cumplió los deberes de su cargo á *toda satisfacción*, dice el documento fehaciente á que nos referimos.

No estaba llamado Alonso Perujo á consumir sus días en el reducido círculo de una clase escolar, ni á su inclinación y disposiciones á la polémica bastaba la sosegada y tranquila explicación de cátedra; así es que en Julio de 1868 hizo oposición á la canongía Magistral de Palencia, que fue un triunfo, una nueva victoria, mereciendo la aprobación de sus ejercicios por *unanimidad*, y obteniendo además algunos votos para la provisión. Mucho debió influir en los ánimos esta última oposición verificada durante las vacaciones del verano, cuando en Septiembre inmediato fue nombrado Vicerector y catedrático de Sagrada Teología é Historia eclesiástica en el Seminario de Logroño, cuyos cargos, por su importancia y por los oficios que llevan consigo, exigen una gran autoridad sobre los subordinados, por cuya razón siempre suelen confiarse á personas de edad proveya. Por esto es de creer que las oposiciones de Palencia debieron decidir al Prelado á que, prescindiendo de los años, y atendiendo tan solo á los relevantes méritos de Perujo, le confiara el delicado cargo de Vicerector del Seminario ántes de comenzar el nuevo curso.

A los dos años de estar ejerciendo el Vicerectorado, se le concedió el título de *Examinador Sinodal* en la dió-



cesis de Calahorra, y en el mismo año 1870 se presentó á oposiciones á la canongía Magistral de la Santa Iglesia de Tudela. No desmereció en nada esta nueva presentación de Alonso Perujo en el palenque de la ciencia, y así como en las anteriores veces supo captarse el aprecio de los jueces y los plácemes de la opinion pública, en Tudela consiguió más, pues como ántes, fuéronle aprobados por *unanimidad* los ejercicios, sus brillantes actos literarios, y *en primera votación fue elegido* y nombrado canónigo Magistral.

No debemos omitir un detalle que tuvo lugar entonces, y que revela lo que era Alonso Perujo. Habiendo espirado el término de los edictos, y debiendo procederse á los actos de oposición, encontrábase Perujo sufriendo una fuerte oftalmia, en terminos que no podía resistir la luz por débil que fuera. En tal estado presentóse á llenar su deber de opositor, necesitando *lazarillo* que le llevara de la mano, y le guiase hasta el asiento que le correspondía: los que hayan sufrido las molestias de esta enfermedad, apreciarán el mérito que supone en el opositor <sup>1</sup>.

Constituido ya como miembro de aquella respetable

1. Todavía vive el que tuvo la satisfacción de servir de *lazarillo* al joven opositor. El Sr. D. Buenaventura Toledo, subdelegado castrense de este distrito militar de Valencia, querido amigo del finado y nuestro, es el que desempeñó tan honroso oficio. Muchas veces, cuando en nuestras conversaciones recordamos aquel suceso, no podemos ménos de congratularnos de haber tenido en el Sr. Perujo un amigo á quien no arredraban las graves contrariedades que su voluntad de hierro sabía vencer.



corporación eclesiástica, prestó muy buenos servicios en las diferentes comisiones que el mismo Cabildo le confiara, tanto para los asuntos interiores de la Iglesia cuanto para otros de más importancia; debiendo hacerse especial mención de las que desempeñó cerca del ilustrísimo Sr. Obispo de Tarazona, y como uno de los cuatro individuos que componían la Junta diocesana de Tudela para procurar los intereses del culto y clero.

También la jurisdicción privilegiada eclesiástica castrense fijó su atención en el joven canónigo, y utilizó sus talentos y vastos conocimientos, nombrándole Fiscal de la Subdelegación de Tudela.

El genio activo de Alonso Perujo, su afición instintiva á las lides literarias y el deseo quizás de dominar mayores horizontes, fueron causa de que no tuviese como definitiva su estancia en Tudela: además era todavía muy joven, y por lo tanto muy natural también que aspirara á mayores cargos; y á los dos años y medio próximamente de su elección para Magistral, lanzóse nuevamente á la lucha, presentándose en Lérida para opositar á la canongía Lectoral, vacante en aquella Santa Iglesia. El resultado de estas nuevas oposiciones no pudo ser más satisfactorio, y los ejercicios sobresalientes que fueron aprobados por *unanimidad*, merecieron la elección para la canongía.

Al año de residir en aquella Catedral y después que el Obispo pudo cerciorarse por sí mismo de lo que valía el Lectoral de su Iglesia, le nombró Rector del Seminario Conciliar en 3 de Marzo de 1874, enseñando no solo la Sagrada Escritura, cátedra aneja á su prebenda, sino las



asignaturas de Patrología y Oratoria Sagrada; todos estos cargos los desempeñó á *completa satisfacción* del Prelado. También en Lérida ejerció el cargo de Comisario de la Obra-pia de Jerusalén y Santos Lugares.

En 1875 tuvo que proveerse la canongía Doctoral de la Iglesia Metropolitana de Valencia, y Alonso Perujo, que salió de Tudela en busca de mayor espacio, no se contuvo ahora en Lérida, sino que se presentó en Valencia, aspirando á la obtención de la Doctoral. Sus ejercicios literarios fueron como siempre lo habían sido, y en todas ocasiones llamaba especialmente la atención de las personas entendidas, su facilidad en la argumentación que revelaba ingenio, perspicacia imaginativa, posesión y dominio de la forma silogística y profundidad en los conocimientos filosóficos y en la ciencia eclesiástica. En *primera votación* fue elegido Doctoral de tan esclarecida Iglesia Metropolitana, cuya prebenda ha disfrutado hasta que la muerte le arrebató en 18 de Mayo del corriente año 1890 <sup>1</sup>.

1. Reciente es todavía esta oposición, y muchos, muchísimos valencianos que presenciaron tan sobresalientes ejercicios, confiesan fueron tan brillantes, que les pareció su duración excesivamente corta. Los mismos coopositores felicitaron cordialmente al Sr. Perujo.

Para comprender el grado de ciencia que poseía Alonso Perujo, basta considerar la diversidad de materias que forman cada una de las canongías que ganó por oposición. La Teología, la Sagrada Escritura y el Derecho canónico, difíciles de ser dominadas por un solo hombre, constituían la ciencia de Perujo: estas ciencias que forman el campo literario del eclesiástico, las poseía el último Doctoral de Valencia: por eso casi nos atrevemos á decir que era omniscio en las ciencias sagradas. Y no fueron solo esta clase de conocimientos



También en el Seminario Central desempeñó los cargos de catedrático de Derecho canónico, y una cátedra de ampliación de los estudios eclesiásticos <sup>1</sup>.

No debemos omitir un hecho que fue muy celebrado en Valencia, y ciertamente es merecedor de elogio. Cuando murió Su Santidad Pío IX, de feliz memoria, la venerable Orden Tercera de San Francisco de Paula determinó, como casi todas las corporaciones religiosas, dar una prueba de su amor al Pontífice, celebrando unas solemnes honras fúnebres. A última hora, es decir, la víspera del día señalado para aquel acto, acordaron que se pronunciara oración fúnebre, y al efecto suplicaron al Sr. Perujo aceptara el cometido; y aún cuando se dedicó poco al púlpito, porque su salud no lo permitía, en aquella ocasión accedió á la deferente invitación. Su discurso impreso está, y para juzgarle basta leerlo; indudablemente es una oración acabada y perfecta, que mereció los aplausos de todos. Pocos, fuera de Alonso Perujo, se habrían com-

los que cultivó nuestro amigo, sino que las matemáticas, la física, la geología, la astronomía, etc., fueron también objeto de su estudio. Elocuentemente lo prueban sus obras.

1. Con fruición recordamos todavía las sencillas, al par que profundas explicaciones que daba sobre el *Syllabus*, en la cátedra que el difunto Cardenal Barrio creó en este Seminario para la ampliación de los estudios eclesiásticos. Bien sabía el ilustre Cardenal que el señor Perujo podía llenar debidamente los deseos que se propuso al crear aquella cátedra. De estas explicaciones, que el difunto Doctoral daba escritas á sus discípulos, resultó un excelente libro, del cual trataremos luego.



prometido, atendida la premura del tiempo, pero el genio encuentra siempre el camino trillado y fácil <sup>1</sup>.

Vamos á considerar al difunto Doctoral de Valencia bajo el aspecto más importante, bajo el punto de vista de escritor católico, que es el que extendió su nombre y le dió á conocer, no solo en España, sino también en las demás naciones. Sus obras fueron el ángel de la fama que reveló sus grandes dotes intelectuales, que le anunció en todas partes; y por más que en los prólogos de sus libros resplandezca la modestia, virtud inherente á los sábios, esta solo sirvió para dar realce al mérito que solo él desconoció.

No es posible formular, aunque sea brevemente, en una reseña biográfica, el examen crítico de sus obras; esto requiere mayor estudio que la simple lectura de ellas; necesita más tiempo y más espacio que el que se le concede á la índole de esta noticia, por lo que nos hemos de contentar con la simple indicación ó catálogo de las obras de tan infatigable escritor. Y no se necesita más para comprender el estudio asídúo de Alonso Perujo, la constancia en seguir paso á paso el curso de las cuestiones más importantes de la actualidad, el deseo de propagar la verdad católica en todos los terrenos y contra todos

1. Bien dice el Sr. Ros que el discurso impreso está, y que para juzgarlo solo basta leerlo. El mejor elogio que se puede hacer de este discurso es que la numerosa tirada que de él se hizo, fue arrebatada de las librerías apenas salió á luz, y hoy con dificultad se puede encontrar un ejemplar.



los errores, sembrando la fecunda semilla de la verdad divina, de la palabra regeneradora del Salvador del mundo, de la doctrina santa que enseña, y de la que es depositaria la Iglesia Católica, Apostólica, Romana, columna y firmamento de la verdad, cuya enseñanza es y será infalible por asistencia indefectible del Espíritu-Santo, como queda demostrado plenamente por el trascurso de los diez y nueve siglos que lleva de existencia.

Comenzó nuestro malogrado Doctoral por los escritos suaves y dulces referentes al culto de María Santísima, defendiendo esta parte de la Teología católica contra las inmundicias de la desvergonzada y cínica impiedad. Providencial es sin duda que casi todos los escritores de nota y católicos, ofrezcan las primicias de su vocación á la Madre Inmaculada, á la Virgen Santísima, madre de los hombres por institución divina de su Hijo nuestro Salvador, y sin que medie acuerdo, ni obedezca á disposición ó precepto alguno, es notable la uniformidad de conducta entre los que escribieron en distintos países y en diferentes épocas. Aquí podemos encontrar realizada aquella profecía: *Ecce enim ex hoc beatam me dicent omnes generationes.*

LOS LIBROS DE ALONSO PERUJO.—*Las flores de la vida y la Reina de las flores* es un estudio filosófico y teológico sobre el culto de María Santísima en el mes de Mayo, considerado en su significado, su belleza, sus relaciones y su influencia: tiene ese sabor suavísimo que necesariamente acompaña á todo lo que se refiere á la Madre de



Dios; es un misticismo tan grato al corazón, que le vigoriza con la dulce esperanza que infunde un amor tan grande como el de nuestra Madre Soberana, destinada por Dios á ser la dispensadora de la misericordia.

*Lirio de los Valles.* Este libro es continuación del anterior, en el que se demuestran los fundamentos solidísimos de la Tradición católica, es decir, la autorizada palabra de los Santos Padres y de los expositores cristianos, vindicando cuanto se dice en el primero y confirmándolo con irrefutables testimonios <sup>1</sup>.

Traducción y anotación de la obra de San Ildefonso: *De perpetua virginitate Beatæ Mariæ Virginis*, y otro de *Corona Virginis*, con dos libros más consagrados á honra y gloria de la Madre de Dios y de los hombres, por nuestro escritor; y basta leerlos para ver en ellos cuáles eran sus sentimientos de devoción y esperanza en la poderosí-

1. ¡Cómo se ve retratada en estos libros el alma de nuestro biografiado!

¡Qué suavidad en el decir, qué dulzura en la expresión, qué profundidad en las ideas, qué precisión en los conceptos! El primer libro es todo él una poesía en prosa, es la expresión de los más dulces sentimientos, es el lenguaje de una alma. Los demás libros son un apéndice á tan tierna composición. Tres ediciones de estos libros se han agotado completamente, y para satisfacer los numerosos pedidos que continuamente se hacían, no hubo otro remedio que dar de nuevo á la estampa estos escritos, lo cual se hizo el año pasado por el librero Sr. Aguilar, que publicó reunidas en un solo volumen estas obritas, á fin de que se pudieran adquirir todas por un módico precio.



sima Reina de los Angeles; debiéndose agregar á estos el titulado *Idiota*, nuevo mes de María, extractado de las obras de Raimundo Jordano <sup>1</sup>.

Como fuera catedrático de Historia eclesiástica, y tratando de llenar algunos lunares que para la enseñanza actual se notan en los autores, bien porque la sucesión del tiempo y los nuevos acontecimientos no pudieron ser tratados por aquellos, bien porque el carácter de compendio no permita ventilar ciertas cuestiones, ó fuera por cualquiera otra causa, lo cierto es que para llevar adelante su plan de enseñanza, creyó conveniente dedicarse á completar la obra de texto *Joan Bapt. Palma prælectionum Historiæ ecclesiasticæ*, y la continuó hasta nuestros días; obra que mereció ser aceptada como texto en varios seminarios, en alguno de los cuales todavía continua <sup>2</sup>.

Levantóse una cátedra de *Espiritismo* en Lérida; una

1. Poco podemos decir de estas obritas, puesto que son traducciones y extractos de otras obras: el mérito de ellas no pertenece al Sr. Perujo mas que en parte, en la verdad de la traducción y en el acierto de la elección. Prueba de la aceptación que han tenido estos libritos es que las traducciones se han agotado, y hoy es imposible satisfacer los pedidos que se hacen: tal vez muy pronto se hará una nueva edición. De los extractos baste decir que se han impreso nuevamente.

2. Efectivamente, continua de texto en algunos Seminarios, prueba enequívoca de que satisface todas las necesidades de la enseñanza. Desgraciadamente no podrá seguir por mucho tiempo, pues se han agotado completamente todos los ejemplares.



sociedad titulada *Círculo espiritista* publicó un libro llamado *Roma y el Evangelio*, con el que se trata de cambiar el nombre á las cosas, apellidando mentira á la verdad, y ciencia y progreso á lo absurdo. El Lectoral de Lérida, tan dispuesto á la polémica, tan aguerrido y práctico en estas lides, tan convencido de su misión en la prensa y tan poseído de la verdad teológica, no perdió momento, y como si hubieran herido su fibra más sensible y delicada con la publicación de aquel impío libro, contesta á él con valentía, y su obra *La fé católica y el espiritismo* es una refutación del titulado *Roma y el Evangelio*, que atendidas todas las circunstancias del momento, basta para dar justo renombre á su autor; pues no solo se trata de combatir con argumentos, de refutar con razones los errores contenidos en tales escritos; no solo debe conocerse la filosofía pagana y su historia para desenmascarar la impiedad y presentarla como es en sí, como *plagiaria* de los desacreditados sistemas que murieron, más que á impulsos de polémica, por la consumación del descrédito y del ridículo que siempre produce la farsa y la mentira <sup>1</sup>. No

1. El libro *Roma y el Evangelio* forma un tomo de 270 páginas. Para su refutación era preciso una obra voluminosa, y sobre todo conocimientos muy bastos: así lo exigía la naturaleza del asunto que se refutaba. Pero urgía muchísimo poner remedio eficaz, y el silencio del clero se atribuía por los espiritistas á causas poco favorables á tan ilustrada clase, y muchos lo celebraron como un triunfo. Pero no contaban con los ánimos y valía del Sr. Perujo. Contempla el error, mira frente á frente al enemigo, piensa la necesidad de refutarlo, y empuñando la pluma, y guiado siempre por el amor á la



bastaba todo esto; era necesario más: se necesitaba tal convencimiento de la verdad, tal celo en defender la doctrina católica, y tal interés porque los hombres no cayeran incautamente en los lazos que arteramente le tendía la nueva secta, que por ello se olvidaran lo que se llaman conveniencias personales y sociales, oponiéndose tan resueltamente á las corrientes de una época en la que el *espiritismo* se tenía por artículo de moda; y como fuerza ciega y avasalladora de *toda moda*, extendiase con rapidez y era defendido con tenacidad á título de *nuevo progreso*, siendo pocos los que tuviesen valor bastante para contradecirlo y condenarlo. ¡Y llamaban *prudencia* á la cobardía de callar!

Muchos fueron los disgustos que esta refutación del espiritismo acarreó al Sr. Perujo, pero eran altísimos los fines que se proponía, todo lo sobrellevó resignado, contentándose con decir: *He cumplido mi deber, y no es-*

Iglesia, estudia el plan de una oportuna y provechosa refutación, y en solas tres semanas, cercenadas de otras ocupaciones perentorias, y sin desatender las obligaciones necesarias de su cargo, lee varias veces el impío libro, y sale á luz una completa refutación en *La fe católica y el espiritismo*, neutralizando de este modo el escándalo que había producido aquella audaz agresión á las creencias más sagradas é indiscutibles. Este libro prueba claramente el genio polemista del Sr. Perujo, su fe profunda, su caridad cristiana y su virtud sacerdotal. Destruye el error, cimenta la verdad católica, llama cariñosamente á los extraviados, y ruega por ellos para que abran los ojos y se salven. La primera edición se agotó del todo, y en el año 1886 apareció una segunda, editada por el Sr. Aguilar, y considerablemente aumentada por el autor.



*toy arrepentido; seguiré impugnando al error donde lo encuentre, sea cual fuere su manifestación, y hasta donde alcancen mis fuerzas.*

La prueba de que no debilitaron en lo más mínimo su valor y ánimo de polemista las invectivas de sus contrarios, es que no creyendo bastante la refutación de los principios espiritistas de su libro *La fé católica*, y proponiéndose seguir combatiendo hasta los procedimientos, fundó una revista semanal, que tituló *El sentido común*, dedicada exclusivamente á combatir la secta esperitista, según se iba manifestando en el desarrollo teórico y práctico de sus adeptos <sup>1</sup>.

1. De esta excelente revista antiespiritista solo se publicaron 33 números, y no fue ciertamente debida su desaparición á falta de suscripciones, como generalmente sucede á esta clase de periódicos, sino que Perujo se vió obligado á interrumpirla por motivo de haber sido elegido canónigo Doctoral de Valencia.

También tuvo que sufrir el Sr. Perujo el despotismo de un gobernador que, titulándose liberal, y por consiguiente patrocinador de todo género de libertades, *honró* su gobierno con la suspensión por dos meses de la *Revista*, bajo el pretexto de que había infringido el art. 3.º del decreto de 29 de Enero de 1875, que prohibía la discusión de toda cuestión constitucional no planteada por el Ministerio, y que hubiera de resolverse por las Cortes. ¡Y en la *Revista* solo se había reproducido la circular del Nuncio Apostólico, que se había insertado pocos días ántes en todos los periódicos de España! ¡Mezquina venganza de un gobernador que se titulaba defensor del bien público y de la libertad! ¡Hazaña digna de que se escriba en la historia de aquella autoridad! No era la primera vez que nuestro polemista había sufrido los rigores de la *libertad*. ¡Oh tiempos de triste



*El Apologista católico* es otra de las obras de Alonso Perujo, y en verdad es muy notable por las muchas cuestiones que en ella indica, y de las que revela tener cabal conocimiento. Cierto es que no se extiende en tan importantes asuntos como pudo hacerlo; pero debemos confesar que esta obra llena cumplidamente su objeto, y si no se concretara el autor á los límites que se impuso, ni sería un *Manual*, como modestamente le llama, ni le hubiera convenido el título que lleva. Dos tomos forman esta preciosa producción de Perujo, y en ellos vindica á la Iglesia católica considerada en sus dogmas, en su constitución, en sus obras, en sus luchas y triunfos, y en sus hombres; y si tales asuntos se hubiesen tratado con toda la extensión y profundidad que realmente merecen, entonces fuera una verdadera *Enciclopedia católica*, y no un *Manual* que fué el pensamiento y propósito de su autor <sup>1</sup>.

memoria! Querían emanciparse de Dios y caían en el despotismo y en la demagogia; apartáronse de la autoridad legislativa de la Iglesia y cayeron en la tiranía de un dictador; no querían al Papa y sufrían á Bismark! No queremos decir más.

1. El *Manual del Apologista* tiene su parte catequística ó expositiva, y su parte polémica ó de controversia contra los enemigos del catolicismo. En la primera, ó sea en la expositiva, se explica lo que la Iglesia cree, y se dice cuál es la solución que da el catolicismo á las grandes cuestiones que se suscitan en nuestro tiempo. En la segunda, ó sea en la parte relativa á la controversia, se examinan y refutan los errores de los protestantes é incrédulos en lo que se refiere á la doctrina social, á la fe, á la moral, á la Iglesia, á los Pa-



No obstante el laconismo que le caracteriza, expone con claridad las cuestiones abstractas; narra los hechos con verdad y exactitud, indica profundas consideraciones según lo requiere el asunto, y de tal manera expone su pensamiento, que la lectura del *Apologista* resulta agradable, interesante y fácil.

*La pluralidad de mundos habitados.* Esta obra del infatigable escritor, objeto de nuestra reseña, es una tarea verdaderamente atrevida, cuya importancia no puede desconocerse; importancia por razón del escritor á quien combate, importancia por el asunto que en ella desentraña; importancia por la oportunidad de su publicación, y final-

pas, al clero, á las Órdenes religiosas, etc., etc. Además se indica lo necesario para combatir los principales errores de la filosofía anticatólica, tan generalizada en nuestros días.

Este libro vino á llenar un gran vacío que existía en la literatura de nuestra patria. En casi todas las naciones existían manuales de polémica religiosa ó enciclopedias católicas muy compendiadas, que en muy pocos volúmenes, y con suma brevedad, dicen todo lo que el hombre de fe necesita saber para poder destruir los sofismas de la incredulidad. Desde entonces, pues, gracias al *Manual del Apologista* del Sr. Perujo, el católico español, sea eclesiástico ó seglar, como el católico alemán, inglés ó francés, puede tener á la mano, y hallar con facilidad suma todo lo indispensable para no ser sorprendido por la falsa elocuencia de los agentes del protestantismo ó los iniciados en las sociedades secretas.

Como las anteriores obras, y como prueba de su excelencia, también se agotó la primera edición, y en 1886 se hizo otra, con el título de *El Apologista católico*, la cual aumentó y corrigió cuidadosamente el autor.



mente importancia grande por la valentía y seguridad de la fe que la informa.

Basta leer el prólogo de este libro para apreciar la fe religiosa del Dr. Alonso Perujo, su amor á las ciencias, su pasión al estudio, y su ardiente deseo de que el mundo conozca la verdad. No puede ménos de prevenir favorablemente el ánimo de los lectores, aquellos cuatro párrafos del prólogo, escritos con espontaneidad, sinceridad y convicción, la delicadeza con que indica los errores en que Mr. de Flammarion incurre, y como haciendo justicia al saber y talento del escritor á quien impugna, deduce las funestas consecuencias de sus doctrinas. Este principio del libro, estas cuatro palabras al lector no debieron ser estudiadas ni meditadas por el Doctoral de Valencia; su fluidez y suave encadenamiento son la manifestación de sus creencias y de su espíritu, que comienza por la profesión de fe más ingénua, y termina por la convicción más firme. *La astronomía*, dice al fin de su prólogo, *apenas ha penetrado en el vestibulo de sus inmensos dominios; cuando llegue á tomar plena posesión del trono luminoso que le está reservado, ella misma depositará lealmente su corona y su cetro á los piés de la Divina Revelación.* Con estas palabras pone fin Alonso Perujo á los párrafos de introducción al libro de que nos ocupamos; no sin haber indicado ántes que Mr. de Flammarion ha tenido necesidad de buscar supuestos falsos para poder dirigir sus tiros á la fe católica; emboscadas que ni suponen buena fe en el agresor, ni tienen fuerza ante la razón imparcial é ilustrada, porque se apoyan en fundamen-



tos imaginarios que no pueden existir como principios fijos y ciertos, y por consiguiente que de tales supuestos ninguna consecuencia puede deducirse en buena lógica.

Cuando el nombre de Flammarión tan aceptado generalmente, y tan temible para los que tratan de impugnar sus escritos; cuando las ediciones de sus obras se agotaban apenas publicadas, y se publicaron en todos los idiomas, y se encuentran en casi todas las librerías particulares; cuando sus lectores y aún los oyentes de sus hipótesis y teorías se convierten en admiradores, sin duda por lo desconocido que encierran y por la manera como las presenta, se necesitaba gran valor, gran fe y gran confianza en el éxito al proponerse descubrir y refutar sus errores, al colocarse frente á tan formidable enemigo, á cuyas espaldas estaba un ejército innumerable que grita, que mueve ruido para no dejar oír la voz de la verdad católica á la que desatiende, porque le parece más cómodo aplaudir lo desconocido que estudiar cuestiones metafísicas.

Nada de esto arredró al autor de la *Pluralidad de mundos habitados ante la fe católica* <sup>1</sup>, y con el ardimiento

1. De las más excelentes, si no la mejor, es *La Pluralidad de mundos* del Sr. Perujo. Atrevidísima era la tarea que se propuso llevar á cabo nuestro docto escritor, y por ello tuvo que sufrir la crítica de muchos que, aunque de fe sólida, ante lo arriesgado de la empresa, temblaron sus corazones pusilánimes y creyeron que embozadamente, adornado todo con la verdad católica, se ocultaban principios de refinada heterodoxia, errores de inteligencia atrevida. Mas no obstante su *atrevimiento*, las personas de valer de nuestra Espa-



propio de aquellos inmortales atletas de la religión, apologistas de los primeros siglos de la Iglesia, lánzase á la lucha y defiende como sabe hacerlo todo lo que la doctrina católica enseña sobre la personalidad humana, la vida, la

ña, felicitaron cordialmente á nuestro amigo por la nueva tendencia que daba á ciertos estudios científico-religiosos, que nadie, excepto sábios de primer orden, se había atrevido á tratar. Artículos de revista, folletos, y aún un tomo de más de trescientas páginas, se opusieron al trabajo del Sr. Perujo; pero nótese que la última refutación en forma de libro fue debida á la pluma de un espiritista: tal golpe daba *La Pluralidad de mundos* á esta impía secta. Escritor hubo, pero ciertamente corto de ingenio, que se atrevió á calificar de *loca* la empresa del Sr. Perujo. ¡Todo porque se esforzaba en demostrar en el terreno de la hipótesis probable, el enlace que existe entre la ciencia y la fe!

Para que se vea que la idea de Alonso Perujo no era tan descabellada como algunos creían consúltense las obras de los sábios de primera línea. El Cardenal de Cusa, Polignac, los PP. Rheita y Fabri, el Genuense, Sabunde, Kircher, Gassendi, Almeyda, Hervás y Panduro, Fraysinous, Feijóo, Guevara, Gratry, Reguero, Argüelles, Maret, Ráulica, Moigno, Pioger y otros muchísimos que sería prolijo citar, admiten la probabilidad ó certeza de la habitación de los astros. Al defender nuestro biografiado las ideas de aquellos sábios, con tanta ó más valentía que ellos, se ponía á su nivel. ¡Y era locura el seguir los caminos de aquellas eminencias!...

Teníamos noticia que el mismo Mr. Flammarion había escrito una atenta carta al sabio Perujo felicitándole por haber admitido en parte la habitación de los astros. Desgraciadamente, por más esfuerzos que hemos hecho, no hemos podido encontrar la susodicha carta, que nos complaceríamos en insertar aquí, pero no dudando de la realidad de su existencia por habérnosla manifestado persona que afirma que la leyó, no titubeamos en indicarlo.

Los ejemplares de esta obra, que se imprimió en 1877, se han hecho tan escasos, que muy laudable sería se hiciera otra edición.



muerte, la vida futura y los premios y castigos en la eternidad, cuyas verdades ataca é intenta destruir Mr. de Flammarión.

No es ménos notable y digno de estudio su libro, titulado: *La pluralidad de las existencias del alma ante el sentido común*. Aquí nos hemos de dispensar de hacer indicación alguna; cuanto pudiéramos decir, pero mucho mejor dicho y con estilo correctísimo, con frase galana y con modestia que encanta, se lee en el prólogo, debido á la pluma del fecundo y justamente ponderado escritor don Manuel Polo y Peyrolón, cuyo solo nombre basta para recomendarse, porque conocido es en la república de las letras. Los que deseen conocer esta obra del Sr. Perujo, sin tomarse la molestia de leerla (si es que les causa molestia); los que busquen una síntesis de este precioso libro, que estudien el *Prólogo*<sup>1</sup>.

1. Esta obra, *La Pluralidad de las existencias del alma ante el sentido común*, es, en nuestro humilde sentir, la mejor de las obras del Sr. Perujo. En ella aparece el ilustre canónigo como uno de los más brillantes polemistas y escritores católicos: filósofo profundo, teólogo eminente, exégeta consumado y correctísimo escritor. Como dice el Sr. Ros, basta leer el *Prólogo* de la obra para conocer la síntesis de ella.

Esta obra, lo mismo que la anterior, se trató de traducirla al francés y al italiano, pero nuestro amigo, despreocupado completamente de su gloria, y entregado á su trabajo, ni tan siquiera se acordó de contestar á dichas peticiones. ¡En su modo de obrar, cómo manifestaba el Sr. Perujo ser un verdadero sabio!

También está casi agotada esta edición, y creemos no está lejano el día en que aparezca otra.



Sigue á las anteriores obras, el libro: *Narraciones de la eternidad sobre la vida de ultratumba*. En éste, como en todos los escritos del Sr. Perujo, vemos la noble y empeñada lucha contra el error, venga este de donde viniera, y sean cuáles fueren las formas que presente. En este libro filosófico combate el Sr. Perujo al mismo Flammarión, y examina las obras tituladas: *Narraciones del infinito*, *Lumen* <sup>1</sup>.

Seis *narraciones* componen la obra del Doctoral de Valencia, y en verdad que se necesita leerla y releerla para satisfacer el afán que se apodera del alma por ese dominio que ejerce sobre nosotros todo lo desconocido: podíamos decir que la eternidad es un abismo que nos absorbe por completo, y no es extraño que cuanto se refiere á ella sea mirado con interés vivísimo, sobre todo sabiendo que es nuestro futuro destino. Se necesita ser materialista con ese materialismo que sigue al epicurismo, para no conmoverse ante la idea y pensamiento de la *eternidad*.

Si hubiéramos de escribir las mil reflexiones, los sentimientos que en el alma despertó la lectura del libro que nos ocupa, no podríamos conseguir nuestro objeto, y muchas veces dijimos al autor, que la lectura de sus *narraciones* tenía tal virtud para elevar sobre las miserias de esta vida, que nos hacía hasta agradable la muerte. Leyendo esta obra de Perujo, nos parecen lógicos aque-

1. De esta hermosa obra, cuya lectura conmueve nuestra alma, apenas se pueden encontrar ejemplares.



llos deseos de la muerte de que nos habla San Pablo, Santa Teresa y todos los justos que dichosamente vislumbran la gloriosa eternidad que Dios reserva á sus fieles servidores. Si la lectura de un libro filosófico de tal manera nos eleva sobre los dolores de la vida, ¿qué será el conocimiento especial y extraordinario que resulta de la caridad, del amor á Dios, que inspiraba aquel *muerdo porque no muerdo*? ¿Qué verán, qué sentirán las almas justas, cuando tan generosamente renuncian todas las cosas, que con tanta fortaleza se sobreponen á los sufrimientos y trabajos que tan ardientemente suspiran por la muerte?

Cuando estábamos ante el cadáver del autor de las *narraciones*, decíamos en nuestro interior: ¡Cuántas cosas sabrás ahora, qué ignorabas al escribir tu libro! ¡Cuántas verdades podrías decirnos, y si estuviste acertado al consignar tus pensamientos sobre el papel! ¡Grande, muy grande debe ser lo que hay después de la muerte, cuando Dios se lo ha reservado, revelando al hombre tan solo la verdad esencial, su destino eterno y los medios para conseguirlo!

*Lecciones sobre el Syllabus* <sup>1</sup>, es otra de las obras del

1. De esta excelente obra, cuyo título es la mejor recomendación, basta decir con su ilustrado censor, «que su lectura es de la más alta importancia en la época actual, puesto que en ella se refutan, bajo el punto de vista teológico, canónico, filosófico y político-social, y de la manera más clara, demostrativa y contundente, todos y cada uno de los errores condenados en el *Syllabus*.» Es la más profunda y extensa exposición acerca de este importante documento pontificio. Esta



Doctoral de Valencia, dos tomos que tratan todas las cuestiones resueltas por el Papa Pío IX y otros Pontífices en las ochenta proposiciones que contiene tan notabilísimo documento, porque es la norma á que deben ajustarse y reglas que deben seguir los hijos de la Iglesia, los pueblos y las naciones, si pretenden asentar su conducta sobre bases sólidas, que conduzcan á obtener la única y verdadera felicidad posible en la vida.

Alonso Perujo, ántes de entrar de lleno en las importantes cuestiones del *Syllabus*, dirige dos palabras al lector para exponer su pensamiento y su conducta, y conviene mucho que haga declaraciones explícitas, teniendo que hablar de puntos importantísimos combatidos por las corrientes de la época actual. Acertadísimo estuvo el autor de este libro al decir: *No pertenezco á ningún partido político, ni quiero; no tengo interés en ninguna situación; no tengo amigos en ningún ministerio, en ninguna oficina del Estado, ni siquiera en ninguna redacción de periódico; no he recibido nada de ningún gobierno, ni espero recibir* <sup>1</sup>.

obra, calificada de *notabilísima* por muchos *Boletines eclesiásticos*, por todos los periódicos católicos de España y multitud de revistas, creemos no debe faltar en la librería de ningún sacerdote, y de todo hombre estudioso que desee profundizar estas importantísimas cuestiones de actualidad.

Agotada casi por completo la primera edición, tenemos entendido que muy pronto aparecerá otra.

1. ¡Qué elocuentes manifestaciones! ¡Quien dijera que estas mismas palabras, escritas en el prólogo de otra obra, de la cual trataremos



Para apreciar lo mucho que valen estas declaraciones de imparcialidad, basta fijarse en lo que actualmente ocurre; en el modo de abrirse paso y *hacer carrera*; en los

luego, habían de producir tal polvareda, que empeñada viva discusión, se habían de enconar los ánimos, se había de tergiversar la lógica, se habían de desfigurar las palabras, y con toda la saña que la impiedad usa con frecuencia, se había de atacar, no la doctrina, sino hasta la persona del que consagró toda su vida á defender la verdad! ¡Oh! ¡Qué triste es que la política, penetrando en el santuario de la conciencia, haga temblar las creencias más venerandas, dando un espectáculo á la impiedad verdaderamente desconsolador! De esta emancipación política, que el Sr. Perujo indica en pocas palabras, se dedujo una consecuencia bien triste, que el autor nunca había imaginado, y que en diferentes obras y escritos había combatido; es decir, de una unión entre católicos y liberales. ¡Qué calumnia tan grosera, qué despropósito tan atroz! Lo que se propuso el señor Perujo en estas palabras fue lo que se había propuesto siempre, esto es, una unión sincera *católico-católica*, según la mente del Papa, entre todos los buenos amantes de la religión y de la patria, cualesquiera que fueran sus opiniones meramente políticas, cosa muy secundaria. Lo que se propuso fue la alianza ofensiva y defensiva de todos los hijos de la Iglesia para defender á su madre, aunque en segundo término cada uno defienda la solución política ó forma de gobierno que más le agrade, con tal que no haya desacuerdo en lo principal: lo que deseaba era que todos fuesen soldados leales de la misma causa y bajo la misma bandera, aunque llevasen distinto uniforme; y esto es lo que anhelaba y anhelan todavía muchos católicos, que no consagran sus atenciones preferentes á la política, ni creen que los destinos de la religión dependan de la suerte de tal ó cual política de este ó del otro partido, pensando erróneamente que una y otra son inseparables.

Nada más decimos aquí sobre esto: más adelante indicaremos algunas otras cosas que se nos ocurren.



medios para crearse falsas reputaciones, que si no sirven para lo que dicen, interesan y mucho para el provecho privado. Hoy, la fuerza apasionada de un partido político, los cálculos y cábalas del egoísmo, la astuta é imprudente adulación, los inhumanos consejos de las conveniencias personales que sacrifican los más sagrados derechos del bien público, y otros medios no ménos repugnantes, son, generalmente hablando, los motivos determinantes de la conducta de los hombres, y ante este desconcierto y corrupción vergonzosa y destructora de todo lo bueno, ante tal perversidad erigida en sistema, viene Alonso Perujo á oponer su lealtad, su buena fe, su independenciam y el recto fin que le guía al tratar las cuestiones capitales de vida ó muerte, consignadas en el oráculo pontificio, como remedio estirpador de todos los males y semilla fecundísima de todo bien público y privado.

Pocos serán los que tengan valor para abordar con franqueza asuntos tan delicados, pero el polemista incansable, el último Doctoral de Valencia que dedicó su juventud y su vida al estudio de la verdad y á su exposición y defensa, no conocía peligros, no temía contradicciones, ni formaba cálculos sobre lo favorable y adverso del juicio de los hombres; tan solo el no poder decir toda la verdad era lo que le contrariaba. Esto quiere significar cuando escribe, que *por más que se tenga el valor de hablar claro, de confesar y defender en alta voz las creencias, muchas veces no puede decirse todo lo que se quiere; y en tiempos de liberalismo vergonzante, el escritor católico se encuentra más atado, en cierto modo, que en*



*una situación francamente revolucionaria* <sup>1</sup>. En gran manera recomendable es la lectura y estudio de *Las lecciones sobre el Syllabus*, que si lo creemos necesario para el clero, es también de conveniencia suma para todos los católicos, para informarse de los puntos capitales que, siendo erróneos, sirven de fundamento en el que se apoya la impiedad moderna para atacar deslealmente á nuestra Santa Madre la Iglesia. Si todos los que á ella pertenecen tuvieran el cuidado de ilustrarse con su celestial doctrina, mayor fuera el entusiasmo por defender tan divina institución; si los gobiernos de los pueblos fijaran su atención en las divinas enseñanzas, ni decayera el principio de autoridad, ni se debilitaría por las vacilaciones, ni los mismos pueblos fueran juguete de las pasiones, ni aventurados emprenderían el tortuoso y expuesto camino de eternos ensayos, fruto de teorías impracticables.

Hay que reconocer, y la historia lo acredita palpablemente, que fuera de la doctrina salvadora de Jesucristo, cuya única depositaria es la Santa Iglesia Católica, Apostólica, Romana, porque así lo quiso su divino Fundador, no es posible la estabilidad en las instituciones,

1. Ciertamente, nada arredraba al Sr. Perujo para decir la verdad, buscándola donde quiera se hallase, afrontando todo lo que se interpusiera en su camino, haciendo frente á todo lo que intentase avasallar lo que contradijera, siquier fuera en lo más mínimo, aquellas verdades que había bebido en las cristalinas fuentes de la Iglesia. Sin embargo, aquí se lamenta nuestro amigo de la poca libertad que tiene el escritor católico de manifestar toda la verdad, so pena de sufrir los ultrajes y persecuciones indignas de la honradez.



ni la paz en los pueblos, ni la fuerza en los gobiernos, ni la dignidad en los súbditos, ni la armonía entre las diferentes naciones, ni la tranquilidad en las familias; porque la Iglesia, con su enseñanza divina, fundada en los inalterables principios de eterna justicia y de indefectible caridad, garantiza todos los derechos, asegura su libre ejercicio, evita los abusos y atropellos, guarda los linderos dando á cada uno lo que le pertenece, realiza el cumplimiento de todas las obligaciones, y da como resultado la perfecta armonía, resolviendo por medio de la virtud dulcísima de la caridad aquellas cuestiones que, por dudosas, no da resueltas la justicia. Estudiando las *Lecciones sobre el Syllabus*, se forma concepto de las gravísimas materias que hoy se discuten con apasionamiento, y que por sus consecuencias trascendentales deben tratarse con ánimo sereno é imparcial; tanto más cuanto que media la resolución pontificia, autoridad suprema puesta por Dios en el mundo como iris de paz, mensajera de la misericordia y restauradora del orden trastornado por el orgullo y el egoísmo <sup>1</sup>.

1. ¡Ojalá se leyese con cuidado la obra del Sr. Perujo, *Lecciones sobre el Syllabus*! ¡Cuántas inteligencias extraviadas volverían al centro de la verdad de donde se apartaron! ¡Cuántos alucinados talentos rectificarían sus opiniones peligrosas y aún heréticas, por el falso concepto que tienen de las resoluciones pontificias! No debe extrañarnos el empeño con que se combate continuamente al Papa, ni respecto á su autoridad y modo como resuelve todas las cuestiones, considerando que la sociedad se halla generalmente acerca de esto en la más crasa ignorancia.



*El matrimonio conónico y el matrimonio civil.* El solo título de esta obra ya la recomienda. El autor, Sr. Perujo, al ver que se establecía el matrimonio civil en España, después de haberse ensayado durante el tiempo de la revolución, y de haberse tocado los gravísimos inconvenientes, los males y los trastornos que en la familia causa semejante institución, levanta su voz, acude á la prensa para explicar la cuestión del matrimonio considerado como estado en el orden natural, en el orden religioso y en el orden social. Expone la doctrina católica sobre tan importante materia; recuerda nuestras tradiciones, nuestras costumbres y nuestro carácter, y con valentía combate el proyecto de ley que el gobierno presenta á las Cortes <sup>1</sup>.

Como no es nuestro propósito extractar las obras del incansable polemista: 1.º porque no es propio de una biografía; 2.º porque se necesitaría para ello escribir un libro bastante voluminoso; 3.º porque exige gran cuidado, mucho estudio y particular talento para los trabajos críticos, todo lo cual falta al que esto escribe, y 4.º porque confesamos claramente, lealmente nuestra pequeñez é incompetencia. No entrando en las consideraciones importantes á que se presta esta producción de Alonso Perujo, nos contentaremos con decir que es la genuina síntesis de las grandes obras que acerca de tan importante asunto se ha escrito. Los que quieran formar exacto concepto

1. Esta obra, escrita en muy poco tiempo, se ha agotado completamente, y con dificultad se encuentra un ejemplar.



del matrimonio y conocer la verdad de este fundamento de la familia, que es á la vez de la sociedad; los que deseen conocer las funestas consecuencias de los errores que, á título de adelantos, se aceptan sin examen, se aplauden sin conciencia y se proclaman sin reflexión, que estudien la obra del Sr. Perujo, y es seguro que han de reformar los perjuicios formados sin estudio y solo por dejarse arrastrar de la moda.

Y permítasenos llamar la atención sobre un extraño fenómeno. Hoy que tanto se pondera la independencia de la razón, que tanto se clama contra los argumentos de *autoridad*, que tanto se escarnece y vilipendia la sumisión del entendimiento humano á la palabra divina, *el obsequio razonable de la fe*; hoy es cuando más se ejerce el despotismo tiránico contra la inteligencia, y los jefes de escuela y los caciques de secta, comienzan por exigir lo que han dado en llamar *jefatura indiscutible*, que importa la abdicación completa de la idea y de la voluntad de los secuaces, en manos de los que forjan é imponen esas cadenas insoportables á nombre de la *independencia del hombre*.

*Divi Thomæ Aquinatis, Doctoris Angelici, Summa Theologica*. Cualquiera que hubiera escrito esta obra del Doctoral de Valencia, se tendría, y con razón, por hombre que prestara gran servicio á la enseñanza católica. Claro está que la parte principal, y como esencial de ella, no es nueva, ni producto de la inteligencia del Doctoral, porque es la inmortal Doctrina de Santo Tomás de Aquino; pero el trabajo en buscar y comparar varias (son muchas)



ediciones para espurgar los defectos y erratas cometidas; el estudio de los más notables comentadores de aquella *Summa*, el cuidado que para anotarla, según los nuevos errores ó malas doctrinas contemporáneas reclaman, y la adición de *ochenta y siete apéndices*, es un trabajo que para otro que no fuera Perujo, requeriría los mejores años de la vida

Pero si meritorio es el trabajo que esta obra supone, no es ménos el interés que demuestra por cooperar á los deseos del Sumo Pontífice reinante, tan expresamente manifestados en distintas ocasiones, recomendando eficazísimamente el estudio de la celestial doctrina tan sábiamente enseñada por el Angel de las escuelas. Ni tampoco carece de mérito, y grande en nuestra humilde opinión, la molestia con que el autor atribuye todo lo bueno que contiene la obra, á los distinguidos jóvenes que le ayudaron en la empresa, á quienes indudablemente cabe gloria en ello, reservando para sí los defectos que, como toda obra humana, se noten en la misma.

En el tomo xi de la *Summa*, intercaló Alonso Perujo su *Lexicon Philosophico-Theologicum* <sup>1</sup>, en el que declara

1. He aquí una obra que demuestra la profunda ciencia teológica del Sr. Perujo, la que dominaba completamente; sus grandes conocimientos filosóficos, demostrados ya en otras obras, aparecen aquí más á la vista; su constancia en el trabajo, su fuerza de voluntad que no se doblegaba jamás ante lo gigantesco de la empresa, lo demuestra con la *Summa*.

Para que se vea la aceptación que ha tenido esta *Summa*, dire-



y explica las palabras, locuciones, distinciones, axiomas, etc., usados en las escuelas: adición de utilidad y casi necesidad evidente para la buena, recta y pronta inteligencia de los libros que preceden, mayormente hoy que tan olvidada está aquella filosofía que tan bien dirige al entendimiento en sus operaciones.

*El Papa y las Logias.* Este libro es una exposición de la Encíclica *Humanum genus* de S. S. León XIII, con luminosos comentarios que dan idea del objeto y fines que persigue la masonería, desenmascarando la moral que tanto cacarean, la fe que dicen profesar y los frutos que tales raíces producen.

Confiesa el autor que la escribió en 15 días, y hace esta manifestación con el fin único de prevenir al lector en contra del mérito del escrito, y salvar la buena intención que le impulsó á escribir <sup>1</sup>. Sin querer y contra su

mos que se halla declarada de texto en Zaragoza, Ciudad-Rodrigo, Gerona, Vich y Segorbe.

Su afán por facilitar el estudio de la filosofía y teología escolásticas á los jóvenes estudiantes que se dedican al sacerdocio, le movieron á escribir su *Lexicon*, el cual, grandemente elogiado, no solo en España sino también en el extranjero, añadió á la *Summa* para su mejor inteligencia.

1. Esta obra retrata perfectamente su disposición natural y laboriosidad. El que solo la haya ojeado, comprenderá que los 15 días se necesitan solamente para formar su plan y consultar algunos autores: pero ante su genio, el tiempo crece. Sin embargo, esta obra ¡quien lo dijera! le había de proporcionar sendos pesares, que tal vez han influido mucho para que se acortase su preciosa vida.

¿Cuál fue la causa de ello? ¡Parece increíble! Los que hayan te-



deseo, ha revelado Alonso Perujo en esta ocasión su facilidad y facundia, su laboriosidad y aptitud, su disposición natural y las gracias con que el cielo le dotara para estos trabajos, por su naturaleza difíciles y pesados. Ni necesitábase tampoco tal espontaneidad, porque con solo

nido ocasión de leer las obras de Perujo, habrán notado su naturalidad y sencillez en el decir, aún en las cosas de más importancia, aún en las que se relacionaban íntimamente con su persona. Pues bien: esto mismo, que había hecho siempre en todas sus obras, le perdió en la presente. Sus declaraciones políticas tan sinceras como ingenuas, en las circunstancias en que apareció este libro, fuéronle tan desagradables, que se vió envuelto en una reñida discusión, por medio de la prensa, y aunque los que le atacaban creyeron alcanzar sobre el Sr. Perujo un triunfo completo, no fue así, pues para convenirse de lo contrario, solo basta leer algunos de los artículos que escribió en defensa de su persona ultrajada.

Y nótese bien esto que decimos, porque llevaron los adversarios del Sr. Perujo la cuestión á tal extremo, que la moderación y templanza propia de toda discusión, se olvidaron, descendiendo á mezquindades, á falacias pueriles, á agresiones inmotivadas, á maliciosas insinuaciones, desapareciendo la formalidad, la gravedad y la calma que conviene en toda polémica. Muy bien decía el Sr. Perujo en una de sus contestaciones: «La razón ha de defenderse con razones, no con los puños: con argumentos, no con salidas ridículas; con pruebas claras, no con tergiversaciones. Defienda cada uno su parecer con toda la energía, con toda la fuerza, con todo el calor que guste, pero recordando que va á ser juzgado por personas sensatas, y no por gentes frívolas que creen terminada y vencida una discusión con un estribillo más ó menos oportuno é ingenioso.»

Quisiéramos transcribir aquí el famoso *Prólogo*, objeto de la discusión; pero no siéndonos posible, permítasenos al ménos extractar algunos párrafos:

«No pertenezco, ni perteneceré á ningún *partido*: pertenezco,



recorrer el catálogo de sus obras, fijar la atención en sus diversas ocupaciones y contar los breves días de su existencia, se obtiene el convencimiento íntimo de que Dios envió al mundo á Alonso Perujo para escribir. Además, su conversación revelaba el ingenio; hablaba de todas las

sí, y con el favor de Dios continuaré perteneciendo al *todo*... Soy, pues, *católico* con el Papa y como el Papa, sin restricción alguna. Por eso, siendo *católico*, pertenezco en absoluto al *todo*, y no incurriré en el contrasentido de pertenecer á algún partido.

«Jamás, jamás contribuiré por mi parte á confundir los intereses del catolicismo con los intereses de ningún partido. El catolicismo está por encima de todas las miserias humanas; por encima de los mezquinos intereses de cualquiera fracción, de cualquiera persona ó familia y de cualquiera causa política.

«No incurriré jamás en la simpleza de tomar al catolicismo como pantalla de estrechos ideales políticos, más ó menos aceptables; ni tampoco, aparentando ser uno de sus defensores decididos, sembraré la zizaña en su campo; ni rechazaré temerariamente de mi lado á los que, teniendo otros ideales humanos, también más ó menos aceptables, crean, y profesen, y defiendan como yo, cuanto enseña y propone y quiere la Iglesia.

«Así, pues, si quereis que la palabra *partido* lleve una significación teológica ó religiosa, yo no la admito, yo la rechazo, yo no quiero formar parte de asociaciones, disgregaciones, banderías, sectas ó grupos, que hayan de restringir, ó limitar, y menos romper la *unidad*, que es el distintivo de todo verdadero católico. Pero si quereis que esta palabra *partido* tenga una significación política, como no lo dudo, entonces cada uno defienda sus ideales; y permitid, y aún aplaudid, que yo no me lance á sus desconocidos azares, puesto que no quiero perder mi tiempo, ni mi salud, ni mi tranquilidad.»

Sin querer hemos reproducido del *Prólogo* más de lo que nos habíamos propuesto. ¡Hé aquí el *crimen* que cometió el Sr. Perujo!



cuestiones, citaba autores en todas las materias y demostraba tener conocimientos en todo lo que es objeto de estudio y polémica. Sin duda esta universalidad de ideas, esta multiplicidad de conocimientos le hizo concebir el plan de publicar una obra que verdaderamente asusta al

Defender los intereses del catolicismo y no los intereses de un partido; ir á lo principal y dejar lo secundario; no hacer servir el catolicismo á fines políticos, sino admitir como católicos á los que creen cuanto enseña la Iglesia.

El ilustre Perujo declara que es católico, apostólico, romano, en el sentido estricto y riguroso de la palabra. Permítasenos que opongamos á aquellos adversarios los mismos dilemas que les oponía el autor de *El Papa y las logias*. Los que le atacaban, ó eran católicos como él ó no, Si lo primero, ¿por qué le ofendían? Si lo segundo, ¿por qué se llamaban tales? «He añadido expresamente, dice Perujo en su *Prólogo*, que condeno el liberalismo, aún aquel que consiste en dar una dirección torcida á la cosa pública, en oposición á los principios católicos, todo en el mismo sentido que lo ha hecho la Iglesia, sin añadir ni quitar cosa alguna.» He aquí el verdadero catolicismo. Ahora bien; los que le combatían, si aceptaban lo mismo que el señor Perujo, no hay razón para que le combatiesen; si no lo aceptaban, su catolicismo era imaginario é imposible.

No es de este lugar explicar las palabras que hemos copiado del *Prólogo*, si es que cabe explicación de ellas, pues su comprensión nos parece muy sencilla. Pero aquel tiempo ha pasado ya, y los mismos que atacaban al Sr. Perujo, parece que ahora tratan de propagar sus ideas.

Mil veces nos dijo el difunto Doctoral: «Mi *Prólogo* vendrá día que será defendido por los mismos que lo atacan, y se reimprimirá en esencia multitud de veces.» Verdaderamente ha resultado cierta su predicción, y aunque hoy todavía no ha sucedido esto con toda precisión, sin embargo de hecho ya vemos la realización de aquellas esperanzas. ¡Oh destinos de la Providencia! ¡Hasta dónde puede llegar la pasión política!



enunciarla, desmaya al ánimo más esforzado, y desvanece cuando se la examina en sus detalles.

Es verdad que encontramos obras publicadas en este género, pero unas veces fueron corporaciones científicas, otras comunidades religiosas, casi siempre personalidades morales, cuya existencia se perpetua y renueva con los individuos que se suceden. Algunos, muy pocos individuos, emprendieron la tarea de publicar *Diccionarios* de ciencias y artes, pero generalmente concretándose á determinadas materias. Alonso Perujo, desoyendo la voz amiga que le señalaba el peligro de acortar la vida si llevaba sus propósitos á la práctica, saltando por encima de todas las consideraciones, anunció la publicación de su *DICCIONARIO DE CIENCIAS ECLESIASTICAS*.

Esta gran obra, verdadera enciclopedia católica, tanto por su extensión cuanto por las materias que trata, no puede ser trabajo exclusivo de un solo hombre, y mucho ménos en el tiempo cortísimo de su publicación; la vida es demasiado breve para semejantes empresas; la lectura que suponen tales trabajos no puede hacerse en 70 años, y si añadimos la resta del tiempo necesario para las atenciones de la vida y de la sociedad, nos convenceremos de la imposibilidad de comenzar y terminar un solo individuo tan colosal empresa <sup>1</sup>.

1. Para formar una idea aproximada del inmenso trabajo que representa esta obra, basta manifestar que en ella se refunden los *Diccionarios* de Teología dogmática de Bergier y su *Suplemento*; el de Moral de Pierrot; los de Derecho canónico de Ferraris y André;



Por esta razón, por la vehemencia de carácter del señor Perujo, por el deseo de que en su obra figuraran las firmas de escritores acreditados, de hombres de ciencia, de personas respetabilísimas, encontramos en ella muchos colaboradores. No obstante tan valiosa cooperación, el Sr. Perujo tuvo la iniciativa, la dirección, el trabajo de corrección de pruebas, y el haber escrito más artículos que cada uno de los que aparecen firmados.

Es indecible el trabajo que llevó en la publicación del DICCIONARIO; no hay artículo que no leyera tres veces, una antes de darle á la prensa, otra en la corrección de

el de Sagrada Escritura de Calmet; el de Disciplina de Tomasino Martigny y Jehan; el de las Herejías de Pluquet; el Enciclopédico alemán de la Teología católica de Wetzer y Welte, etc., etc., depurados y acomodados á la más severa ortodoxia, proverbial en nuestra España.

Este *Dictionário* es el *más completo*, por el número de sus artículos, por cuanto el *Diccionario* de Bergier solo contiene unos *tres mil doscientos*, y el *Suplemento* unos *mil quinientos*, y entre ámbos no llegan á *cinco mil*; el Enciclopédico de la Teología alemana, fuera de los artículos de interés puramente alemán, apenas tiene *cuatro mil*; debiendo advertir que la mayor parte de las voces del uno se hallan también en el otro; el de Derecho canónico solo contiene unos *ochocientos*, muchos de ellos remisiones; el de Moral no llega á ese número; los demás son todavía más escasos. El *Diccionario* del Sr. Perujo contiene más de *dos mil* artículos *nuevos* que no se hallan en todos aquellos.

Además, la sana doctrina que resalta en toda la obra, su ortodoxia, la más firme adhesión á las enseñanzas de la Iglesia y la estricta imparcialidad que reina en las cuestiones de escuela, bastan para inmortalizar el nombre del Sr. Perujo, si la fama adquirida en las demás obras no se encargase de perpetuar su memoria.



pruebas que hacía por sí mismo, y otra después de corregida para darlo definitivamente á la estampa<sup>1</sup>. Cuando faltaba algún artículo (y no fue raras veces), al tiempo de

1. Para dar una clara idea de la pasmosa inteligencia del señor Perujo, hemos de manifestar, una vez que desgraciadamente no podemos herir su modestia, que muchísimas veces le hemos visto dictar á dos escribientes á la vez, sobre diferentes materias, y aún en diferentes idiomas. Dictaba de tal manera, que una vez pronunciada la palabra, nunca, rarísimas veces, se borraba. Tal era la fijeza de sus ideas y el dominio que tenía sobre los trabajos que hacía.

Además de las obras dichas, tenía notas para algunas otras, de una de las cuales, titulada *Conjeturas acerca del estado religioso, político y social de Europa en el siglo XX*, llegaron á publicarse algunos pliegos, pero se vió obligado á interrumpir su publicación para ocuparse mejor en el *Diccionario*.

También tuvo nuestro amigo Perujo sus aficiones literarias, como lo prueba una hermosa novela que en su juventud comenzó, de la que se publicaron varias entregas, y que también se vió obligado á dejar para atender á otras obras más importantes, y que habían de producir mucho más bien. Esta novela, casi concluida, la procuraremos terminar y dar á luz, Dios mediante, cuando nos lo permitan nuestras ocupaciones, si es que nos contamos con bastantes fuerzas para ello.

Para que no falte un solo ramo de literatura que dejase de cultivar nuestro malogrado amigo, diremos que también fue poeta, cuyas poesías, algunas de las cuales todavía inéditas, poseemos. No calificamos de excelentes estas poesías, pero sí de bellas, pues el autor al escribirlas no se propuso figurar en la lista de los poetas, sino el hallar plácida distracción, escribiendo en renglones cortos. Aunque poco versado en crítica literaria, creemos que sus poesías pertenecen al género lírico, puesto que en muchas de ellas trata de expresar sus propios sentimientos: en ellas se manifiesta lo más recóndito de su vida, lo más profundo, las situaciones del alma. El público puede juzgarlas, puesto que algunas de ellas se han impreso.



entrar el pliego en prensa, Perujo dedicaba un par de horas y el artículo era llevado á la imprenta. ¡Cuántas veces le oímos decir: *ó el Diccionario me mata ó yo le venzo!* Desgraciadamente ha sucedido lo primero, y cuando tocaba á su término, cuando apenas faltaban una docena de pliegos para quedar ultimado el DICCIONARIO DE CIENCIAS ECLESIASTICAS, cortóse el hilo de su vida, apagóse la antorcha de aquella clara inteligencia, dejó de existir el autor de tantos libros, el infatigable polemista, sin ver realizadas sus esperanzas y deseos que perseveraron durante la enfermedad y que solo la muerte pudo apagar <sup>1</sup>.

1. ¡Cuántas veces habíamos oído decir al Sr. Perujo: «Si Dios me diese salud para poner el *fin* en el *Diccionario*, bien podría yo decir que había sido el hombre más feliz del mundo!» Era su ilusión y su esperanza esta colosal obra, pero la Providencia no tuvo á bien conceder esta alegría á nuestro amigo. ¡Quién nos había de decir, que nosotros, tristes pigmeos al lado de su grande talento; nosotros cuya sola delicia era escuchar continuamente los raudales de ciencia que de sus lábios salían; nosotros que oíamos con docilidad suma las sábias advertencias y los atinados consejos que, bien espontáneamente, bien á nuestro ruego, nos daba; quién nos había de decir, repetimos, que nosotros éramos los destinados á poner, al final del último artículo, el suspirado *fin!* Perdónesenos si decimos que al poner la deseada palabra en el *Diccionario*, una lágrima se deslizó tranquila por nuestras mejillas, lágrima que simbolizaba el inmenso cariño que profesábamos al Sr. Perujo, y que era la expresión más sincera del respeto que sentíamos por el que fue nuestro maestro y amigo.

Un consuelo nos ha quedado al cooperar con todas nuestras fuerzas á la terminación de la grande obra que dejó incompleta; y es que mientras trabajábamos con tal afán, nos forjábamos la ilusión de que todavía estaba lleno de vida el autor del *Diccionario*, y que con su benévola, al par que severa crítica, guiaba nuestra pluma y corregía



Y volvamos al principio de este escrito, cuando decíamos, ¡á cuántas reflexiones da motivo la muerte de D. Niceto Alonso Perujo! Estudio, trabajos, afanes, desvelos, contradicciones, sinsabores, ilusiones, plácemes, emulaciones... todo, todo se desvanece en un instante *quia ventus est vita mea*. ¿Qué queda de toda la vida? Un día de lamentación, una semana de recuerdo y una eternidad de olvido por parte de los que quedan.

¡Que triste es la condición humana, y cuán práctica é infalible aquella máxima revelada: *¡vanitas vanitatum et omnia vanitas et affectio spiritus!* ¡Y para esto tanto desvelo, tantas osadías, tantos... crímenes entre los hombres que no han de tardar en morir! ¡Desgraciado es el que no quiere pensar en la muerte, y mucho más desgraciado aquel que no siente el estímulo del arrepentimiento!

La muerte del Doctoral de Valencia fue una muerte cristiana: tuvo el consuelo de recibir todos los Santos Sacramentos que la Iglesia guarda para tan terrible trance, y todos los auxilios espirituales destinados á este fin. Abrigamos la esperanza en la misericordia infinita, y creemos piadosamente que el Señor le habrá premiado la fe, el celo, la ingenuidad y el valor con que defendió la verdad católica, que es la doctrina de nuestro amantísimo Cristo Jesús; tenemos el consuelo de que María San-

nuestros defectos, y mientras creíamos en esa ilusión continuábamos siendo felices. ¡Recibe, querido amigo, nuestro trabajo, como una debil muestra de la admiración, respeto y cariño que sentimos hacia tí!



tísima habrá hecho valer para el fallo de su salvación, aquella devoción y filial ternura que revelan los libros *Flores de la vida*, *Lirio de los Valles*, *Idiota*, etc., porque Dios, que conoce los profundos secretos del corazón humano, juzga los actos de los hombres conforme á la grandeza de Su Majestad, pero tomando en consideración la pequeñez de nuestras fuerzas.

Dícese que la muerte todo lo borra: es verdad: todo se olvida con la muerte, pero la memoria de Alonso Perujo, como escritor católico, vivirá tanto como vivan sus obras; y los que tuvimos el gusto de tratarle, los que nos interesamos siempre por su bien, los que hemos tenido una lágrima ó un suspiro, manifestación de la pena que sentimos en su muerte, seguiremos siendo sus amigos, y le enviaremos sufragios, única cosa y único obsequio que podemos hacerle.

Que Dios haya dado descanso eterno, y un lugar entre los bienaventurados á nuestro compañero; que el mundo reconozca lo mucho que valía tan fecundo y laborioso escritor; que la historia le conceda y conserve un nombre honroso y un título de gloria á D. Niceto Alonso Perujo, es lo que deseamos.





















